

LA CRISIS DEL CORONAVIRUS

ESPAÑA

formación, Javier Ortega Smith, en los actos de Jusapol sea habitual, al igual que las ovaciones que le dedican los asistentes.

Esta identificación es reconocida abiertamente por algunos afiliados como Alejandro León, conocido como *Jandro Lion*, un policía que se ha hecho célebre en el colectivo por sus vídeos en Internet en los que muestra su apoyo a Vox y a sus medidas más polémicas, como las críticas a la ley de violencia de género. "Hay muchas denuncias falsas de mujeres", reiteraba el viernes a EL PAÍS. Expedientado cuatro veces —una por aparecer en un vídeo con una navaja en la mano y diciendo, mientras ríe, "que se preparen los mena [menores extranjeros no acompañados]"—, justifica su afinidad con el partido de Abascal: "A quién vamos a alabar, a los que defienden la equiparación real".

Ortega Smith interviene en la concentración de Jusapol, el pasado 3 de marzo. / F. A. (EFE)



delegación de TAMPM acudió el pasado noviembre al Parlamento Europeo invitada por la formación de ultraderecha a exponer sus reclamaciones. Sobre los ataques en redes sociales, Getino asegura que su organización no se puede "hacer responsable de lo que la gente, sea asociada o no, diga en un medio que no podemos controlar".

En las últimas elecciones sindicales, celebradas en 2019, TAMPM se convirtió en la tercera fuerza, con una representación muy dispar según los territorios. Andalucía es su principal bastión, sobre todo en las prisiones de Málaga y Cádiz. También ganó las elecciones en las oficinas centrales de la Secretaría General de Prisiones.

Esta cercanía también es percibida por el resto de partidos. El diputado del PSOE David Serrada critica la "agresividad" que los perfiles en redes sociales relacionados con esta organización muestran hacia miembros de su partido. "Hay sindicatos que hacen política y partidos que hacen sindicalismo", asegura sin señalar a ninguno. Enrique Santiago, portavoz de Interior de Unidas Podemos en el Congreso y de la dirección de IU, cree que "es público y notorio que hay organizaciones políticas que pretenden dar a entender que tiene una vinculación privilegiada" con las asociaciones de agentes.

"Politización"

Ana Vázquez, diputada del PP y portavoz en la Comisión de Interior, asegura tener buena relación con Jusapol, pese a que, cuando acudió a la manifestación del 3 de marzo, fue abuchada por un sector de los asistentes. Ella asegura no haber percibido que el partido de Abascal tenga "ascendente" sobre Jusapol, aunque sí cree que "Vox intenta apropiarse de ese movimiento". En similares términos se expresa Miguel Gutiérrez, que vuelve al Congreso como diputado de Ciudadanos y que fue uno de los principales valedores de Jusapol al inicio de sus movilizaciones. Gutiérrez no descarta que, como ha ocurrido en la sociedad, "una parte del colectivo policial se haya radicalizado". Vox no respondió a los requerimientos de EL PAÍS para explicar su vinculación con Jusapol.

Más críticos se muestran los otros sindicatos policiales. Adolfo Medida, portavoz del Sindicato Profesional de Policía (SPP, mayoritario en la escala de mando) asegura que Jusapol tiene "un discurso radical que ha calado en el colectivo". José María Benito, de la Unión Federal de Policía (UFP), ve evidente la identificación entre la plataforma y el partido de Abascal: "Jusapol se arrima a quien más sirva a sus intereses y, ahora, parece que es Vox". Otro sindicalista, que pide permanecer en el anonimato, afirma que la plataforma "se ha echado en brazos" del partido de Abascal y que ambos "se retroalimentan". Las asociaciones de la Guardia Civil miran con igual recelo esa supuesta cercanía. Dirigentes de dos de ellas, que también piden mantener el anonimato, coinciden en que las propuestas de Jusapol "polarizan" a los agentes. "Ciudadanos les puso el altavoz, con Vox hay una simbiosis", añade uno.

En el seno de la plataforma también han surgido voces críticas. Natan Espinosa, uno de sus fundadores, señala que cuando nació el movimiento "la neutralidad política era una de sus banderas. Ahora ya no trata a todos los partidos por igual". Espinosa recuerda que en sus inicios ya se vinculó a Jusapol con un partido, en este caso Ciudadanos, y que se llegó a decir que los financiaba. "Era mentira. En todo momento fuimos apolíticos", presume. Finalmente, dejó sus cargos al no compartir que el movimiento se transformara en un sindicato "al uso" y tras ser acusado por otros dirigentes de querer medrar en el partido que entonces lideraba Albert Rivera. "El movimiento ha ido a menos", asegura Espinosa.

Un olvidado grupo armado del final del franquismo ha recobrado actualidad por la militancia en él del padre de Pablo Iglesias, a quien la popular Álvarez de Toledo tachó de "hijo de terrorista"



Pintadas en Lisboa contra la ejecución de dos activistas de ETA y tres del FRAP en 1975. / EFE

ANÁLISIS / JORGE M. REVERTE

El antifranquismo del FRAP

El 2 de mayo de 1973, los militantes de cualquier partido de oposición a la dictadura franquista y, muy especialmente, los afiliados al Partido Comunista de España, leían en los periódicos la confirmación de una noticia que había corrido por Madrid la noche antes: un joven policía de la Brigada Político-Social (BPS), Juan Antonio Fernández, había sido asesinado a navajazos la noche antes durante una manifestación en la calle de Santa Isabel de la capital española.

Para los militantes antifranquistas, la noticia era la señal de que, como otras veces, era preciso desaparecer del domicilio habitual para que la policía política no tuviera un pretexto, que podía significar la tortura o la cárcel para quien tuviera la mala suerte de que quien le interrogara pensara que tenía algo que ver con algo.

La policía franquista no solía hacer ascos al historial de ningún detenido, pero sí, como en esta ocasión, había una víctima de la BPS, los agentes tenían un fuerte incentivo para trabajar en el asunto. Tuvieron que entrar en un universo nuevo, el de la disidencia comunista que no dejaba de lado la violencia. También tuvieron sus momentos de disfrute, como el tiempo que se les regaló con los detenidos después de ese 1 de mayo en el patio del Palacio de Correos. Pero es cierto que allí no hubo muertos.

La manifestación de Santa Isabel había sido convocada por el casi desconocido Partido Comunista Marxista-Leninista (PCE m-l), que dirigía una mujer, Elena Odéna, desde Suiza, y por el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota (FRAP), que presidía Julio Álvarez del Vayo, quien había sido ministro de Estado, o sea, de Asuntos Exteriores, de la República.

Los militantes de las dos organizaciones, que eran en realidad

Sus militantes no eran terroristas, aunque la organización buscara la lucha armada

una sola, el PCE (m-l) hablaban del PCE como si se tratara de una más de las tramas de la dictadura. El PCE había definido, ya unos años antes, su política de reconciliación nacional, basada en los mismos principios que inspiraron el famoso discurso del presidente de la Segunda República, Manuel Azaña, de 1938: *Paz, piedad y perdón*.

Julio Álvarez del Vayo y Elena Odéna tenían otra visión de las cosas, que pasaba por el uso de la violencia. Y, frente a la posición *liquidacionista* de los comunistas oficiales, tenían una estrategia que ofrecer al pueblo español para que se librara de la dictadura: la insurrección popular. En su imaginario, al asesinato de un policía le seguirían muchas acciones protagonizadas por el pueblo.

Las mujeres del barrio de Malasaña, por ejemplo, recordarían la insurrección antifrancesa de 1808 y tirarían macetas contra la policía para defender de la represión a los luchadores que venían a liberarles, de paso, del yugo del imperialismo americano, que era tan sentido, como se puede imaginar, entre el pueblo español.

Los militantes marxistas-leninistas usaban la palabra patria casi tanto como los franquistas de ahora, aunque no querían decir lo mismo con ella. Bueno, eso decían.

Poco a poco, lo del FRAP dejó de ser una broma, si es que alguna vez lo pareció. En pocos meses, hasta seis miembros de las fuerzas de seguridad fueron asesinados por los comandos de la

organización. Eran menos experimentados que los etarras que les inspiraban, pero tenían un impulso similar. Los policías que investigaban los distintos atentados ya no perdían el tiempo torturando a militantes de otros partidos, porque el FRAP tenía una entidad propia. Eso sí, en su interior ya había fraguado el divorcio entre los militantes que buscaban la vía violenta y los que veían cómo el franquismo se desmoronaba sin necesidad de que hubiera una nueva Guerra Civil.

Un número apreciable de pintores, compositores y toda clase de intelectuales se apuntaron al FRAP, atraídos sobre todo por su reivindicación de los perdedores de la guerra, y por un rechazo visceral a la prepotencia del PCE, la fuerza hegemónica incontestable en la lucha contra Franco.

El FRAP, como tantas otras organizaciones de la época, existía porque existía el franquismo, y era violento porque el régimen de Franco lo era. El fusilamiento de tres de sus militantes, junto a dos de ETA, supuso el canto del cisne de la organización. Luis Eduardo Aute compuso, en una larga noche de vigilia, para esos cinco hombres juzgados sin la menor garantía, una de sus mejores canciones, *Al alba*. Era el 27 de septiembre de 1975 y la última vez que el caudillo, ya muy enfermo, enviaba un mensaje de muerte a los españoles.

La aventura del FRAP llegaba ya a su fin. Con el franquismo murió, casi al mismo tiempo. En 1978 se produjo la disolución oficial de la organización, cuando España ya tenía una Constitución democrática por la que sus militantes no habían luchado. Los que no habían practicado la violencia, que eran la mayoría, casi todos, fueron recalando en otros partidos de izquierda. No eran terroristas, aunque su organización buscara la confrontación armada.